

Re-presentar la historia:  
*Modernismo, noventiocho, subdesarrollo,*  
de Roberto Fernández Retamar\*

María Elena Capó  
Profesora del Centro de Estudios  
para la Gestión del Desarrollo  
de la Universidad Agraria de La Habana.

*La vida del pensar transcurre  
en el batallar cotidiano.*

GRAZIELLA POGOLOTTI

En su poema “Desagravio a Federico”, correspondiente al libro de versos *Que veremos arder* (1966-1969) Fernández Retamar confiesa que en medio de un *deslumbramiento adolescente* leyó a Martí y, junto con él, a otros poetas españoles entre los que figuraba Miguel de Unamuno. Años después, y como resultado de una ardua tarea crítica, vuelve a hermanarlos en su texto “Modernismo, noventiocho, subdesarrollo”. Dado a conocer a manera de comunicación en el III Congreso de la Asociación de Hispanistas celebrado en México, en agosto de 1968, dicho trabajo se publica en el número 193 de la revista *Universidad de La Habana*, correspondiente al trimestre enero-marzo de 1969. El lugar de su aparición reveló inmediatamente la perspectiva académica desde la cual se analizan los nexos existentes entre la emergencia de *una escuela literaria* y un especial momento de la historia de Cuba, España e Hispanoamérica.

---

\* Tomado del *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, La Habana, no. 41, 2018, pp. 173-182.

El propio e insólito título adelanta y sugiere el interés autoral en examinar esta tríada compuesta por un nombre que, después lo sabremos, identificará toda una época. Seguidamente, aparece una fecha cargada y recargada de sentidos diferentes a ambos lados del Atlántico. Para cerrar, otro nominativo de uso y significado más reciente que alude al nivel en que se hallaban —se hallan— una parte considerable de los pueblos del planeta. La desnudez de dichos términos, solo separados por comas, capta de inmediato la atención de los lectores. Dicha separación resulta, al cabo, solo formal. Las ideas expresadas a continuación se encargarán pronto de demostrar que los nombres y fecha referidos constituyen, en realidad, un todo indivisible.

A primera vista, destaca la estructura del trabajo. Una voluntad de exponer clara y diáfana los juicios manifiestos lo sustenta. Dividido en ocho segmentos identificados numéricamente, estos se fraccionan, a su vez, en incisos en los cuales encuentran desarrollo mayor los tópicos que el ensayista ha juzgado fundamentales. El primero, muestra y actualiza los derroteros seguidos por el término modernismo, a partir de la que se considera su “nueva Interpretación”.<sup>1</sup> Al tomar como principal referente de sus valoraciones un texto canónico en la materia objeto de atención: *Antología de la poesía española e hispanoamericana, 1882-1932*, de Federico de Onís (Madrid, 1934), Fernández Retamar reconoce que este y otros analistas han sido los responsables de los “enriquecimientos y precisiones” experimentados por el vocablo

---

<sup>1</sup> *Modernismo, noventiocho, subdesarrollo. Otra vez el fuego en diálogo con el fuego. Antología de ensayos martianos de Roberto Fernández Retamar (1959-2017)*, compilación de María Elena Capó. Versión digital, 2018. (Inédito). Las citas que a continuación se consignarán provienen todas de esta propia edición.

referido. La declaración de que, en el ámbito de las labores investigativas, son tareas impostergables las constantes actualizaciones y sucesivas lecturas críticas se explicita desde el inicio mismo del trabajo. Cada uno de los incisos que lo conforman se enlaza coherentemente con el que le sucede. El esquema intelectual propuesto comprende varios momentos que se verifican en la totalidad de los epígrafes: presentación del problema observado (incluye la ejemplificación como procedimiento didáctico); análisis; exposición de conclusiones parciales y/o definitivas. Negado a repetir acríticamente los juicios de otro el ensayista los somete a un severo examen. Extrae lo más productivo de aquellos y luego los complementa y amplía con sus propias consideraciones. Solo después expresa las conclusiones a las que ha arribado. En el caso de referencia estas pueden sintetizarse en los siguientes puntos:

- Colocar en su justa medida el impacto que en la construcción y la interpretación de las creaciones artístico-literarias tienen realidades aparentemente ajenas a ellas cuando, en realidad, en muchas ocasiones condicionan, al cabo, su existencia y alcance.
- Entender como una sola la “literatura que en el último cuarto del siglo XIX, comienza a desarrollarse primero en Hispanoamérica y algo después en España, y abarcará hasta bien entrado el siglo XX”.
- Criticar las actitudes asumidas por algunos analistas que —aun en el momento de la aparición del ensayo examinado— manifiestan posturas retardatarias en relación con el análisis crítico de las producciones literarias provenientes tanto de España como de sus antiguas posesiones.

El afán didáctico que anima todo el trabajo se hace fehaciente, una vez más, cuando Fernández Retamar explora, precisa, jerarquiza y da a conocer sus propias conclusiones. La orientación de lecturas y relecturas también revela el esfuerzo pedagógico emprendido. Este se hace visible no solo por el espacio donde aparece publicado el texto, sino también por la configuración empleada, por el tono, por la amplitud y profundidad con las que son planteados y defendidos los juicios.

La naturaleza contestataria y reivindicadora de “Modernismo...” se advierte, de manera singular, en el diálogo entre iguales que su autor sostiene con legitimados críticos literarios de España e Hispanoamérica. Al asumir una actitud que adelanta sus ineludibles posturas calibanescas, un excolonial real dialoga, sin temores ni necesidad de intermediarios, con intelectuales provenientes de la vieja metrópoli quienes juzgan las creaciones nacidas en las que fueron posesiones ultramarinas. Promover un intercambio útil y respetuoso en el que unos y otros, en igualdad de condiciones, enseñan y aprenden es una voluntad expresa del trabajo en cuestión.

La defensa de la necesidad de “incluir decididamente dentro del modernismo no solo a los poetas, sino también, y de modo relevante, a los prosistas” antecede a la mención de los nombres de los autores que según el ensayista deben, por derecho propio, “incluirse plenamente dentro [de él], dándoles su verdadero sitio, [...] José Martí y Miguel de Unamuno”.

La definición de la llamada “nueva unidad literaria de España e Hispanoamérica, que ya no es la propia de metrópoli y colonias (dándose incluso el caso de que esta nueva literatura no arranque de España, sino de Hispanoamérica)” lo compele a descubrir “qué relación guarda el hecho literario que es el modernismo con el

pensamiento que anima sobre todo (aunque no exclusivamente) a sus propios prosistas [y en particular los mencionados con anterioridad], quienes son también los más importantes pensadores de la lengua desde que se inició la decadencia española”. Con la formulación de esta pregunta se inicia el reexamen de algunas de las tesis que habían sustentado definiciones previas. El aserto de que la “nueva interpretación del modernismo [se había] afirmado sobre todo por razones estilísticas” es cuestionado por considerarlo incompleto. Para Fernández Retamar aquellas “razones, aunque válidas, no bastan para explicar las cuestiones aludidas pues estas con frecuencia remiten incluso a hechos extraliterarios”. Por ello su análisis privilegia *otros factores* y remite directamente al criterio, ya expresado, de que ninguna creación artístico-literaria se produce desgajada de los contextos históricos, económicos, sociales y culturales que la permean, condicionan y cobijan.

A la afirmación de que “la unidad de una literatura está siempre sustentada en una unidad previa, de carácter no literario” sigue un rápido recorrido histórico que la fundamenta y ejemplifica, amén de servir como antecedente de una nueva tesis: “Esa unidad podrá ser la nación [...] o formas anteriores [pero] en cualquier caso, una institución relativamente homogénea, de naturaleza no literaria, se expresa a través de una literatura”. A continuación, un breve período amplía el sentido de lo expresado: “Con frecuencia, esa institución es política”.

La complejidad de las relaciones establecidas: “con el modernismo se hace una la literatura de España e Hispanoamérica, precisamente en un momento en que estas zonas ya no constituyen unidad política alguna” no disminuye, antes bien refuerza el criterio de que en condiciones históricas particulares emergen creaciones artístico-literarias que son expresión de aquellas, sin que por ello se nieguen

los valores inmanentes de dichas creaciones. Y aun cuando el ensayista reconozca como una la literatura de ambas áreas en un momento histórico concreto, no olvida alejarse con cautela de absolutizaciones que debiliten sus juicios al insistir no solo en las particularidades de cada una de las zonas mencionadas, sino también al señalar los elementos que distinguen a la unidad que conforman, respecto de otras ajenas a ellas.

Convencido de que el entendimiento cabal del modernismo exige la reunión de perspectivas múltiples, continúa el autor ofreciendo juicios de valor y da a conocer “otra hipótesis sobre la unidad de España e Hispanoamérica que [este] va a expresar”. Tras haber sopesado debidamente la importancia que para su desarrollo tuvo la comunidad lingüística el ensayista señala:

En el último cuarto del siglo XIX, afirmadas ya e incluso en vías de expansión imperialista las potencias capitalistas de Europa y los Estados Unidos, se hace evidente que no solo los países hispanoamericanos, sino la propia España no se cuentan entre esas potencias: han sido marginadas de la línea mayor de la historia, y constituyen lo que, entrado el siglo XX, se llamarán países subdesarrollados. Esta tragedia histórica que viven simultáneamente, en esa época, España y sus excolonias americanas, es el sustrato común de que va a dar testimonio el modernismo literario e ideológico. (Recuérdese, por otra parte, que tal hecho contribuye a mantener en cierta forma unidos a los múltiples países de la propia Hispanoamérica). Esta condición de subdesarrollo no es por supuesto la misma para Hispanoamérica que para España: tampoco se borran del todo las distinciones entre una y otra literatura. Pero por debajo de esas distinciones, una estructura común las unifica: no una entidad política, sino una

desventura económica que no tardará en revelarse casi al mismo tiempo en desventuras políticas y en una compleja obra literaria.

Tal afirmación tiene consecuencias importantes para el entendimiento del fenómeno descrito. Al aplicar un esquema de análisis que se inicia con la precisión de la época histórica en que tiene lugar *la expansión imperialista de las potencias capitalistas de Europa y los Estados Unidos*, Fernández Retamar advierte la condición periférica en que este proceso ha dejado no solo a España, sino también a sus excolonias americanas, para luego exponer los efectos que tuvo para ambas. Apoyándose (en) y asumiendo como propia una definición aceptada, no deja de señalar en las diferencias que existen entre aquellas, a pesar de sus múltiples similitudes.

Mediante el desarrollo de una línea de examen iniciada en textos como *¿El otro mundo?* (1962), *Martí en su (tercer) mundo* (1965) y el prólogo a *Ensayo de otro mundo* (1967) el escritor da cuenta y valora las secuelas de la dominación en lejanos y cercanos espacios geográficos y culturales. La lectura integral y sistémica de *su mundo* lo coloca en el grupo de los intelectuales que desde los propios pueblos sojuzgados descubren y explican las secuelas aludidas. *Tragedia histórica* ha llamado a la situación examinada con responsabilidad y dominio. La reiteración de las ideas —que considera esenciales— en torno al tema tratado revelan una definida voluntad que tiene fuertes implicaciones estilísticas y didácticas.

El corolario del despojo tendrá, al decir de Fernández Retamar, un sustrato común de que va a dar testimonio el modernismo literario e ideológico. Esta precisión resulta toral pues amplía el espectro de ascendencia del fenómeno señalado. El razonamiento que entiende a José Martí y a Miguel de Unamuno no solo como escritores, sino

también como lúcidos pensadores de su tiempo y, por ende, como productores de ideología, convida a detenerse en él. Subrayar que en el caso de España y sus excolonias *la desventura económica* común se traducirá, al cabo, *en desventuras políticas y en una compleja obra literaria* confirma las opiniones del ensayista acerca de la influencia de las condiciones socioeconómicas y sociopolíticas en la creación literaria finisecular.

El análisis del “pensamiento que anima al modernismo” le permite comprender que expresa “la aparición, a menudo confusa, dolorosa o indirecta, de la conciencia de pertenecer a esos países laterales, “secundarios” (dijo Marx), que ahora se llaman subdesarrollados”. A esta reflexión sigue el examen de los modos en los que tal pensamiento se expresó “antes en Hispanoamérica que en España porque en aquella la realidad estaba menos enmascarada; y tanto en una como en otra, conocerá primero una ilusión de modernidad por la vía del contagio, para ir a parar luego a la certidumbre de que somos otra cosa, y a adquirir una aprehensión más clara de nuestro propio ser”.

El itinerario hacia el reconocimiento de sí seguido por los intelectuales de ambos espacios, así como la explicación de las maneras en las que se produce ese reconocimiento ocupará lugar prominente en toda la obra posterior de Fernández Retamar. La nueva puesta en circulación de estas ideas airea, revitaliza y recoloca en un espacio de discusión pública —aun cuando el soporte utilizado sea una publicación universitaria— una polémica reducida, inicialmente, a círculos integrados por críticos y escritores.

Junto a la presentación de un conjunto de iniciativas que, a juicio del autor, deberán emprenderse con el propósito de actualizar y enriquecer los análisis propuestos, se halla la afirmación del papel de quienes “tienen como tarea hacer explícito dicho pensamiento: los



pensadores". Incluyéndose de manera tácita entre ellos, reitera su juicio de que en España e Hispanoamérica tal denominación también es aplicable a los prosistas. Este es el modo elegido para introducir un análisis breve, pero sustancioso de la obra de los ya aludidos José Martí y Miguel de Unamuno.

Con rigor, Fernández Retamar funde en uno solo los ya identificados ("pensamiento de la decadencia" para los españoles, "pensamiento de la independencia" para los americanos) y lo registra como "pensamiento del subdesarrollo" señalando de este modo su existencia. He aquí donde residen dos de los mayores logros del trabajo: en la redefinición de conceptualizaciones ya formuladas a la luz de un nuevo ámbito histórico y en la presentación de una lectura del modernismo hecha no solo desde Hispanoamérica sino, más precisamente, desde el primer y único país socialista del continente y mediante la utilización de un instrumental de análisis marxista, enriquecido por la praxis revolucionaria desplegada en Cuba. La misma que le permitió al creador tener una comprensión más cabal del fenómeno examinado.

El alcance de la labor del que juzga como uno de los pensadores-prosistas más orgánicos del ámbito hispanoamericano: José Martí, ocupa lugar toral. Al recuento de sus trabajos previos acerca del cubano, en algunos de los cuales defendía el criterio de que había sido "el primero en descubrir la existencia de lo que luego se llamaría 'tercer mundo'", sigue la reiteración de sus consideraciones sobre la aparición del modernismo primero en Hispanoamérica que en España, "porque en aquella la realidad estaba menos enmascarada", para luego insistir en la condición subalterna de Cuba, y en las consecuencias que ello tuvo para la conformación del pensamiento anticolonial asumido y expresado por su compatriota. Un extenso párrafo recoge cada una de estas argumentaciones.

Especial destaque merece la importancia concedida al hecho de que “al acometer [la] liberación [de su tierra], Martí se encuentra con otras realidades históricas que todavía podían pasar relativamente inadvertidas para los demás países hispanoamericanos —y, desde luego, para España—”. A la identificación y análisis de estas *otras* realidades no solo en Cuba, sino también en las áreas caribeñas y continentales, se unen la ocurrencia de importantes procesos de aprendizaje y radicalización verificados durante los días del Maestro en las tierras del Norte.

El establecimiento de un paralelo entre las estancias metropolitanas de Martí y de Marx sirve para ilustrar el significado que tuvieron en la conformación del pensamiento emancipador de ambas figuras.

La aseveración “lo importante es contar con nuestra propia realidad y, en ella, injertar el mundo” revela una atenta lectura del ensayo “Nuestra América”. Esa que desde la escritura de sus textos tempranos le permitió a Fernández Retamar detectar las esencias anticoloniales de la obra que aquí define como “sobrecogedor manifiesto del tercer mundo” en la cual está presente “lo que entendemos que es el pensamiento más profundo y perdurable del modernismo, la verdadera entrada intelectual de Hispanoamérica en la modernidad”. Para la defensa de tamaña afirmación —confiesa— no le han bastado los argumentos de tipo “estilísticos ni, en general, literarios”. Con ello desautoriza la realización de lecturas reduccionistas limitadas solo a los argumentos referidos. El sostén de tales aseveraciones —dice— se halla en la necesaria “clarificación ideológica” que, hasta ese momento, se habían abstenido de hacer no pocos analistas de la obra martiana.

Persuadido de la necesidad de una vieja (y ahora joven) polémica, en fecundo diálogo con su tiempo, el ensayista la reaviva y

actualiza. Para él “era menester redefinir el modernismo más allá de la literatura, y considerar a esta funcionalmente, para que se viera entonces no solo que Martí sí es enteramente modernista, sino que es el mayor de ellos, tanto en el orden puramente literario (cosa que ya se le reconoce) como en el ideológico”. En este propio sentido destaca las contribuciones de Miguel de Unamuno quien, a su juicio, reclama un análisis que las examine desde una perspectiva ideológica, pues fue él quien detectó “la trágica marginalidad [de España] con respecto al mundo capitalista desarrollado”.

La significación de 1898 queda refrendada cuando el autor sostiene que este año señala el acontecimiento histórico clave que hace ya visible la nueva unidad de los países hispánicos, conjuntamente marginales ante la presencia del imperialismo moderno en el mundo. Esta fecha —afirma— es tanto española como hispanoamericana.

Los contrastes, las diferencias entre las posturas asumidas en relación con Cuba, aun al interior de la propia península, se muestran a partir de una contraposición, mediante la cual se patentiza la considerada válida: “Cuando los españoles la llaman ‘el desastre’, asumen una nostálgica posición colonialista, y por tanto tradicionalista. La verdadera postura modernista fue la de Unamuno, escribiendo en favor de la Guerra de la Independencia de Cuba, que al cabo sería cancelada por la intervención norteamericana en 1898”.

Los nexos entre el pasado y el presente se expresan mediante la comparación de la actitud asumida por el creador español con la de pensadores como Sartre o Chomsky quienes como entonces aquel, “defienden hoy las guerras de liberación contra los imperios en el seno de los cuales viven”. Estos criterios acercaron a los lectores de su día a la fecha en que el texto fue dado a conocer. La mención y el enaltecimiento de las actitudes indicadas recuerdan el modo en que

reconoció Martí a los hombres que, en su tiempo, desde los centros imperiales, reconocieron y apoyaron las causas emancipadoras de nuestros pueblos y legítima, igualmente, una tradición de solidaridad y apoyo que hoy perdura.

El empleo de un segmento de la autoría de Octavio Paz vale para ratificar los juicios de Arrom y dar fe de las contribuciones de aquel al mejor entendimiento del modernismo hispanoamericano. No desaprovecha la ocasión el ensayista, empero, de, en las postrimerías de su texto, corregir algunos de los juicios del mexicano. Se ocupa, de manera particular, de aquel donde el autor de *El laberinto de la soledad* afirma que “con la generación de Darío aparece el antimperialismo”. Ante tal aserto sostiene que “en realidad ha empezado antes: con Martí. Pero con aquella generación —la del 98— el antimperialismo deja de ser posición de un hombre para serlo de un equipo, al que sin embargo le faltan los conocimientos económicos, sociológicos, políticos de Martí”. No obstante lo expresado, el académico cubano advierte la importancia de las obras de Darío y de Rodó que también realizan contribuciones a la postura defendida por Unamuno.

Un poderoso período da cierre al texto todo. En él, vuelve a revelarse el ingenio de que ha hecho gala Fernández Retamar cuando, al hermohear algunas de las ideas a las que antes ha aludido, sostiene: “La realidad es que la fecha, si algo significa, no es una división, sino un nuevo nacimiento. En medio del dolor, como en todo alumbramiento, ha empezado la vida nueva para los hombres de nuestra lengua. Esa vida es todavía esta”.

Al concluir el análisis de la obra examinada, es posible corroborar que su propia concepción, su contenido y estructura, las citas que incluye, los comentarios a estas, las notas al pie, las efectivas frases entre paréntesis, todo, ha sido puesto en función de

enriquecer las consideraciones defendidas por su autor quien, al proponer y legitimar el abrazo posible entre historia y literatura, contribuyó también al logro de una mejor comprensión de ambas. No les faltó razón a Rafael Hernández y a Rafael Rojas para incluir en un tomo de aparición reciente<sup>2</sup> a la obra “Modernismo, noventiocho, subdesarrollo” por considerarla una muestra representativa del ensayo académico producido en la isla. Sin embargo, este texto tiene también otros alcances. Puesto en circulación en el año del centenario del inicio de las luchas independentistas no se detiene solo en la precisión y redefinición de términos y procesos relacionados de manera directa con las vidas y las literaturas cubana, española e hispanoamericana; sino también, en destacar, asimismo, la significación de José Martí en la construcción de una cultura de la descolonización y el antimperialismo en momentos en los cuales se libraba en su tierra una ingente batalla cultural. El afán por redimensionar efectivamente esta figura en la que fue entonces la hora de Cuba da fe de ello.

---

<sup>2</sup> *Ensayo cubano del siglo xx: antología*, México, Fondo de Cultura Económica, 2002, pp. 377-386.